

popular y realista de leer y entender el Apocalipsis, que quiso hacer también visibles por figuras los asuntos. Apeló para ello a figuras con caracteres nacionales claramente distintos: de extraña fantasía en España (si no queremos buscar su origen en el Norte de África latino, culturalmente tan unido a ésta); de formas apacibles y tranquilas en Italia, y cándidamente narrativas, pero sin gran fuerza, en las Galias. En todo caso han existido no sólo motivos aislados, sino una completa iconografía apocalíptica antigua que la Edad Media copió y desarrolló a su manera, hasta llegar a los inmortales grabados de Durero.

LEYENDO

Hemos dejado por fin las cansadas traducciones de autores franceses, para entrar de lleno en el conocimiento de los grandes maestros de nuestro idioma sin igual. Al libro de Monseñor Bougaud, suceden las mágicas oraciones fúnebres de Monseñor Carrasquilla, y a la llamada historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada. y digo llamada, pues en realidad no lo es, ya que historia significa imparcialidad, cualidad que desconoce totalmente Groot, ha seguido la hermosísima y nunca ponderada novela de don José M. de Pereda, que lleva como título *Peñas Arriba*, obra en que resume «con rara elevación y bajo forma admirable, su concepto moral de la vida, sus ensueños sociales»; la historia de un mozo que triste y sin deseo pasa de Madrid a las rocosas montañas que baña el mar cantábrico, y, allí se aficiona a las bellezas de las salvajes alturas y se enamora de Lita, la campesina de mejillas rosadas y cuerpo torneado. Como se ve la trama no puede ser más sencilla: una serie de cuadros, de descripciones que se enlazan entre sí como por encanto. Y en esto se halla precisa-

mente el enorme interés artístico de la obra que ayer no más leímos en el refectorio. Conocimos ya las hazañas de Cortés en Méjico y nos deleitamos actualmente con *Jeromín* del Padre Coloma. Mas, ya que con tan buen criterio y con el fin muy laudable de agradar e instruir, se ha empezado a leer obras de literatura castellana, quisiéramos que nos dieran a conocer, a la vez que los escritores españoles, a aquellos de entre nosotros que, en igual campo, han rendido tributo a las bellas letras.

Bueno sería que a la oratoria de Monseñor Carrasquilla, siguiera una pieza del mismo género de cualquier autor español, para que los oyentes puedan establecer la marcada superioridad de aquel a la de éste. Sería gloria que al libro de Pereda siguiera una narración de un cuentista colombiano, por ejemplo de don Tomás Carrasquilla. La variante no sería, por otra parte, grande, porque si nosotros nos deleitamos con aquél, nuestros paisanos del otro lado del mar, gozan con los escritos salerosos de éste; si aquél pinta la quebrada y abrupta montaña santanderina, éste nos describe una naturaleza, más rebelde si se quiere; si aquél nos muestra las costumbres de su terruño, éste nos enseña las de una raza original y valiente, de una raza, donde el rico de hoy es el pobre de ayer, donde la voluntad firme y la inteligencia son las llaves únicas del triunfo, donde todos luchan por engrandecerse, engrandeciendo el común lugar; si aquél nos alborota el mar Cántabro, éste hace rugir el trueno entre los picachos de la cordillera; y, en fin, si aquél nos deslumbra con la fertilidad de sus sembrados, éste deleita al lector con las maravillosas pinturas de nuestros valles y cañadas. Así, a la vez que nos alegrarían el oído, harían una verdadera labor cultural, porque es ciertamente lastimoso que

jóvenes graduados bachilleres en filosofía y letras, no conozcan autores nacionales de la ralla de Tomás Carrasquilla, Pacho Rendón y Samuel Velásquez y otros muchos de enorme mérito y cuyas obras son leídas con agrado en el exterior. Sería además, un hermoso trabajo de acercamiento intelectual en esta República, en donde el Atlántico no tiene nada que ver con Nariño, en donde Antioquia y Boyacá son prácticamente dos países diferentes y de aspiraciones contrarias.

Monseñor Castro Silva ha dicho que viene a formar patria. Para formar patria, se necesita crear en los hombres el amor a un determinado territorio; para amar, es preciso conocer; para conocer, es preciso ver. ¿Y cómo podemos nosotros, alejados por enormes distancias, vernos, conocernos y amarnos, sino estudiando los usos y costumbres de las diversas regiones de la República, en las creaciones intelectuales de sus hijos?

Propenderíase también a que esta juventud que crece sepa cuáles son sus antecesores en los diversos campos del saber, y no se deje embaucar por ciertos escritores que creen manejar una pala cuando cogen una pluma, por ciertos poetas que nada saben de poesía (que escriben versos?), sin métrica, ritmo, rima, ni armonía.

De esta manera, dándonos a conocer las razas que pueblan nuestra patria en toda su extensión, por medio de los costumbristas nacionales, harían renacer en nosotros el idealismo y el patriotismo, dos virtudes que, poco a poco han ido desapareciendo. Y por último, como fin secundario, conocerían los estudiantes de nuestros claustros las diversas obras que enriquecen los estantes de la biblioteca del Colegio, lo que de otra suerte no sería posible.

S. BARRIENTOS RESTREPO
Colegial.